

La revolución irracional

Carlos G. Einisman

Extraña época la que nos ha tocado vivir, en que todo aspira a perpetuarse en las formas más diversas. Esto, en el contexto de nuestra forma habitual de pensar, no es, en principio, censurable; pero distinto es el caso cuando aquello que pretende una vigencia de cuestionable validez es, precisamente, el propio modo de pensar. Propio en do sentidos, ya que se trata de la Racionalidad propiamente dicha, que es a la vez nuestra propia racionalidad.

Esta encuentra en el llamado Principio de Razón, uno de sus puntos fundamentales. El Principio de Razón reza: “Nada es sin *Razón*” y aunque éste recién fuera formulado en este modo en el siglo XVII por Leibniz, la metafísica en su despliegue, tradicionalmente pensó al mundo con un fundamento que respondía a la que Heidegger caracteriza como la pregunta fundamental de la metafísica; ¿por qué es en general el ente y no más bien la nada? Las respuestas más importantes de la tradición fueron: el mundo de las Ideas, Dios, el Espíritu, la Conciencia Humana, la Materia, etc. El giro nietzscheano-heideggeriano mudó este fundamento al acontecer mismo. Pero este reenvío de la razón al acontecimiento, si bien impugna la validez de toda figura ajena al ocurrir, no renuncia de ninguna manera a pensar en términos de razón, que en el texto heideggeriano se resume en la fórmula: “Ser y razón: lo mismo”.

Así, el mundo que pasó (¿pasó?) a ser su propio fundamento. Así, la verdad fue metaformosándose hasta convertirse en esta virtuosa tautología y las metáforas, el carácter enigmático del Ser recorre los acontecimientos. Los atraviesa a la vez que los organiza en su “pseudos-estructura” (irónica) con tal rigor, que hasta toleran ser narrados en el Código de la Razón.

Tal parece que la pregunta por el fundamento es, de por sí, una pregunta extraña al mundo y que, por otra parte, el mundo no extraña en absoluto. Una pregunta metafísica en el peor sentido de la palabra. Los acontecimientos no requieren de fundamentación alguna, ni como efectos en general, ni como fenómenos estéticos: la fundamentación es un vicio metafísico. Las cosas han perdido la inocencia, y coc ellas, la razón ha devenido inmunodeficiente.

Es por ello que cabe realizar una reflexiva apología de lo irracional, en el sentido más estricto. Con esto, lejos de asumir la defensa de los productos aberrantes de la lógica, sean éstos acontecimientos o doctrinas, y cuyas sangrientas consecuencias nos aterran a diario, estaremos disponiéndonos a reconocer el pulso vigente en el mundo, acompañando así el acontecer siempre problemático de lo habiente. También de esta reflexión se recortarán con mayor claridad los ámbitos donde la aplicación de lo racional sea pertinente y oportuna, optimizando un recurso que, como los demás, deberá utilizarse con criterio y medida.